

EN MEMORIA DE MICHAEL JIMÉNEZ
(1948–2001)

El 11 de septiembre de 2001 murió el historiador Michael Jiménez. Su apellido provenía de España de donde emigró su abuelo en busca de mejor suerte al otro lado del Atlántico. Nacido en el pequeño pueblo de Merced, California (Estados Unidos) en agosto de 1948 en el seno de una familia obrera, Michael vivió su infancia en Colombia. A fines de ese año, su padre se desplazó a estas tierras para ser funcionario de la Texas, una multinacional petrolera que tenía sus reales en Puerto Boyacá. Michael estudió en el colegio Nueva Granada —becado por la Texas— hasta los catorce años. En dicho colegio fue compañero de pupitre de Herbert Braun, descendiente a su vez de una familia de emigrantes a Colombia, y con quien la vida lo juntaría de nuevo en las tierras del norte y en oficios similares.

A su retorno a Estados Unidos en 1962, Michael Jiménez terminó estudios secundarios en un seminario y luego se enroló como estudiante de historia en el Trinity College, una exclusiva universidad en el estado de Connecticut. Allí se convirtió en socialista. La combinación de los viajes a Colombia con los cursos de historia agraria y las lecturas de clásicos del marxismo fueron definiendo sus intereses investigativos. Pasó por Stanford dos años y obtuvo su maestría. Finalmente cursó el doctorado en Harvard donde se graduó en 1985 con una tesis sobre el municipio de Viotá en la primera mitad del siglo XX. Aunque desde el principio sus jurados —entre ellos el famoso John Womack— recomendaron publicarla, el afán perfeccionista de Michael pospuso innecesariamente esta tarea. En esos años soportó la muerte, también por cáncer, de su primera esposa con quien había tenido una hija. Del segundo matrimonio le sobreviven otros dos hijos. En medio de esos dolores nunca descuidó su vocación democrática y participó en organizaciones locales contra el racismo y por una política de corte progresista. En ese camino se encontró con la Teología de la Liberación que se hacía en latinoamérica y la incorporó a su acervo teórico.

Desde antes de graduarse se vinculó como profesor de América Latina a la Universidad de Princeton hasta 1993. A partir de ese año pasó a la Universidad de Pittsburgh, que a la sazón contaba con un sólido equipo de latinoamericanistas. Con seguridad sus estudiantes aprendieron mucho de Colombia y del oficio de historiador, temas en los que se concentró su docencia. Por ello considero bien merecido el premio a la enseñanza que obtuvo cuando estaba en Princeton. Paralelo a la docencia, dictó innumerables conferencias, organizó eventos y produjo publicaciones parciales sobre ese tema, y se convirtió en una autoridad sobre historia agraria latinoamericana. Algunas

aparecieron en *HAHR* y en *International Labor and Working Class History*. En nuestro medio sus artículos fueron traducidos y publicados por *Historia Crítica e Innovar*. Michael mantuvo la costumbre de su juventud de pasar temporadas en Colombia, pero en años recientes las empleaba en revisar más archivos y realizar nuevas entrevistas con el fin de perfeccionar su libro. Después de muchos años, había reelaborado sucesivamente ese trabajo y por fin, el año pasado, había sometido a consideración de la editorial de la Universidad de Duke el manuscrito titulado «Struggles on an Interior Shore: Wealth, Power, and Authority in the Colombian Andes» que de todas formas saldrá publicado en forma póstuma.

En su actividad investigativa Michael Jiménez mostró una gran continuidad temática: la historia de una región de frontera interior colombiana, en concreto el municipio de Viotá. Se trata de una historia local en la zona entre templada y caliente en la antigua provincia del Tequendama en Cundinamarca. La particularidad de ese municipio no radica solamente en ser productor de café, cuanto, y tal vez con más fuerza, en haber sido un espacio de gestación de una cultura liberal radical sobre la que se construyó una excepcional presencia del Partido Comunista a partir de los años treinta. Eso hizo de Viotá una leyenda como el pueblo “rojo” de Colombia, leyenda de la que no escaparon los propios padres de Michael cuando en sus paseos hacia Girardót pasaban cerca y señalaban con temor al pueblo “comunista”. Su estudio no se limita a describir el origen de esa leyenda, sino que analiza en forma crítica su proyección en el agrarismo contemporáneo.

La investigación histórica de esa frontera interior que hizo Michael Jiménez es además muy rico por otros aspectos. De una parte, no es un simple estudio de caso, pues continuamente se hacen comparaciones con lo ocurrido en otras regiones de economía exportadora en América Latina y aun en Norteamérica. De publicarse, este trabajo será un gran aporte a la historiografía colombiana, marcada por su aislamiento e insularidad. Nos hace ver que nuestro pasado no es tan particular y específico como normalmente ha pensado la academia colombiana. De otra parte, no es tampoco una típica historia regional construida desde la economía exportadora. Apoyado en nuevas tendencias historiográficas, Michael Jiménez reconstruye la cultura política tanto de los hacendados como de los campesinos de Viotá. Es particularmente interesante su hipótesis, que logra demostrar con suficiencia en el manuscrito, sobre la inexistencia tanto de total dominación elitista como de absoluta subordinación campesina. Por el contrario, para Jiménez lo que se dio en esa región fue una permanente “negociación social” en la cual ambas partes cedían para lograr algo que en general fue favoreciendo a los campesinos, al menos si nos atenemos a los

avances en la repartición de tierras y al control político local, especialmente entre los años 30 y los 80, cuando el panorama cambió como es bien conocido.

Pero allí no terminan los aportes de la larga investigación que adelantó Michael Jiménez sobre Viotá. La reconstrucción histórica que nos lega está llena de matices de género. Fruto del ordenamiento moral que las elites civiles y religiosas quisieron hacer de esa región de frontera, y de la resistencia campesina, surgen hermosas páginas sobre la sexualidad, las relaciones familiares y el conflicto de género en Viotá. No sobra señalar que si en Estados Unidos estos temas tienen poco de novedoso, en la historiografía colombiana hasta ahora empiezan a aparecer.

Michael Jiménez también se interesó por el oficio del historiador, sus retos y perspectivas. Estas inquietudes se reflejaron en su ponencia al seminario de Historiografía realizado en Bogotá en 1993 y publicado bajo el título “En el taller del historiador” en el libro compilado por Bernardo Tovar, *La historia al final del milenio* (Bogotá: Universidad Nacional, 1994). Por último, pero no menos importante, Michael se preocupó por temas colaterales a su investigación como la precaria construcción de democracia y la vigencia de los derechos humanos en Colombia. Toda esta producción constituye un gran aporte al conocimiento de nuestra cultura política tanto en el pasado como en el presente.

Michael Jiménez era además un hombre cálido y comunicativo. Siempre tenía una sonrisa cuando uno lo abordaba y nunca perdió el optimismo aun en los momentos más dolorosos de su vida. El no reprodujo la actitud colonial de imposición de un saber proveniente de un país central hacia los historiadores de la periferia. Por el contrario, siempre buscaba el debate y la contratación de sus avances con los nuestros. Nos oía, incluso a veces demasiado, pues terminaba alterando partes ya terminadas de su investigación, pero también aportaba su conocimiento desde un punto de vista externo. Al fin y al cabo siempre se sintió parte de esta nación que lo vio crecer. Su muerte dejó trunco este diálogo que esperamos continúe con su legado ante el cual hoy rendimos tributo.

Mauricio Archila Neira,

*Profesor Asociado del Departamento de Historia,
Universidad Nacional de Colombia*